

**Mirella ROMERO RECIO, Jesús SALAS ÁLVAREZ, Laura BUITRAGO (eds.)  
Pompeya y Herculano entre Dos Mundos. La recepción de un mito entre España y América. L'Erma di Bretschneider, Roma-Bristol, 2023.**

Este libro da cuenta del riguroso trabajo interdisciplinario del proyecto de Investigación RIPOMPHEI “Recepción e Influjo de Pompeya y Herculano en España e Iberoamérica (1738-1936) del Ministerio de Ciencia e Innovación de España, desarrollado entre los años 2019 al 2022. El problema histórico que inspira este trabajo pretende revertir una noción de antaño en la que España había quedado al margen de los estudios arqueológicos que se suscitaron en Pompeya y Herculano, desde su redescubrimiento en el siglo XVIII hasta el siglo XX.

El libro como tal es fruto de un esfuerzo mancomunado de investigadoras e investigadores de Brasil, Chile, Colombia, España, Italia, México y Puerto Rico quienes se reunieron en un coloquio organizado por el proyecto RIPOMPHEI en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid, en junio de 2022.

El libro posee 367 páginas, 18 capítulos y se estructura en cinco partes centrales que tributan al derrotero del argumento central. La primera parte titulada “Experiencias personales en las ciudades vesubianas. Viajeras y viajeros entre dos mundos”, comprende los capítulos a cargo de Federica Pezzoli, María Gabriela Huidobro Salazar, Laura Buitrago y Mirella Romero Recio. La segunda parte “Relatos entre dos mundos: la labor de la prensa americana en la recepción y difusión del mito pompeyano” incluye los capítulos de Carolina Valenzuela Matus, Renata S. Garraffoni y Ricardo del Molino García. La tercera parte “Arte entre dos Mundos” es presentada por los capítulos de Daniel Espósito, Cristiana Martín Puente, María Martín de Vidales García y Ana Valtierra Lacalle. La cuarta parte titulada “Pompeya y Herculano como modelos culturales de progreso” se constituye con los capítulos de Rosaria Ciardiello, Elvia Carreño Velásquez y Aurelia Vargas Valencia. Por último, la quinta parte “La recepción entre dos mundos: de la arqueología en archivos a la investigación en la era digital” contiene los capítulos de M<sup>a</sup> del Carmen Alonso Rodríguez, Jesús Salas Álvarez, María Eugenia Cabrizo Barranco y Mar Bujalance Pastor, Inmaculada Muro Subías y Lola Santonja Garriga.

El viaje como motivo de inspiración y apropiación del espacio y de la materialidad partenopea en la Campania costera e interior durante el siglo XIX es revisada en forma detallada en la primera parte del libro. El capítulo de Federica Pezzoli “Pompeya y Herculano en diario de viaje del cubano Eusebio Guiteras Font (1823-1893)” revisa el diario escrito por el culto y cosmopolita burgués cubano, Eusebio Guiteras, originario de Matanzas, la Atenas de Cuba durante el siglo XIX. Su viaje incluyó varios países, entre 1842 y 1844, sin embargo, los derruidos sitios arqueológicos a los pies del Vesubio impactaron al viajero por el estado desierto, vacío y muerto de aquellas ruinas mudas.

El capítulo de María Gabriela Huidobro Salazar “Pompeya en la experiencia de un intelectual chileno: impresiones de Benjamín Vicuña Mackenna (1871)” indaga en los

relatos del viaje del recordado intendente del Santiago y académico de la Universidad de Chile, Benjamín Vicuña Mackenna. Su periplo realizado junto a su esposa entre 1870 y 1871 cobra un sentido a sus anteriores viajes pues en sus cartas establece ciertos paralelos entre la metrópolis vesubiana y localidades chilenas agrestes como Peñaflores y Quillota. Un viaje que la autora califica como de “autodefinición” del mismo Vicuña Mackenna.

Laura Buitrago en “El mundo que yo vi: viajeras americanas en Pompeya y Herculano (1853-1908)” presenta casos de viajeras eruditas en temas de la antigüedad clásica que lograron posicionarse como escritoras dentro de un género literario dominado por hombres. Estas viajeras fueron Elena Larraínazar de México, María Teresa de Arrubla, de Bogotá (seudónimo Iris) y Clorinda Matto de Turner, escritora peruana exiliada en Buenos Aires. Sus obras de viaje, publicadas entre 1850 y 1910 dan cuenta de perspectivas que según la autora fueron “marginalizadas tanto en la época como posteriormente al transgredir los imaginarios que condicionan el género”.

Mirella Romero Recio, directora del proyecto RIPOMPHEI, presenta en su trabajo “Demasiada felicidad. El viaje a Pompeya y Herculano del pintor José Manaut Viglietti (1898-1971)” el particular viaje realizado por el pintor valenciano, quien se consideraba discípulo de Sorolla, José Manaut. Es un viaje de adultez, pues visita Italia por primera vez en 1960 a los 62 años, debido a que le fue negada la salida de España en muchas oportunidades por sus antecedentes como activo militante de partidos de izquierda durante la España de Franco y 6 años de prisión. De su viaje se conservan refinados lienzos con las ruinas de los foros romanos y vías pompeyanas y bocetos con dibujos y anotaciones de los moldes de yeso que representan los cadáveres calcinados recuperados desde las profundidades de Pompeya. En 1966, Manaut pudo hacer su segundo y último viaje a Italia en donde se instaló en Nápoles, puerto desde el cual pudo zarpar para hacer un breve pero inspirador viaje por Grecia.

La segunda parte del libro se enfoca en la recepción que tuvieron los relatos y crónicas de viajeros en Pompeya en la prensa americana y cómo estos medios de comunicación sirvieron para difundir lo que los editores denominan el “mito pompeyano”. El capítulo de Carolina Valenzuela Matus “Ilustrando al lector chileno. Pompeya y Herculano en la revista Zig-Zag a principios del siglo XX” presenta una investigación de los primeros 5 años de circulación de la revista Zig-Zag (1905-1910). Este medio escrito que, según la autora, buscaba “democratizar la cultura” publica durante estos años algunos reportajes sobre las excavaciones en los foros romanos y sobre el Gabinete Secreto del Museo Arqueológico de Nápoles. Llama la atención a la autora que entre 1906 y 1909 Zig-Zag publica reportajes acerca de la erupción del Vesubio y sus consecuencias y sin embargo la publicación no vincula Pompeya con el terremoto de gran magnitud que azotó a la ciudad de Valparaíso en 1906 como eventos catastróficos. Renata S. Garraffoni en “Pompeya y el Vesubio en la prensa de Río de Janeiro (1870-1889)” traslada al lector a las últimas décadas del entonces Imperio de Brasil. Este trabajo explora en las iniciativas de la emperatriz Teresa Cristina quien logró traer a Brasil piezas arqueológicas que provenían desde las excavaciones en Pompeya a cambio de valiosas

piezas indígenas para los museos de Nápoles. Esta presencia y circulación de piezas originales pompeyanas inspiraron a una sociedad carioca que se encontraba viviendo un cambio de era, el fin del imperio y el comienzo de la república. Los periódicos de Río de Janeiro, como un “caleidoscopio de voces disonantes” expresa Garraffoni, utilizaron Pompeya como modelo para describir la cotidianeidad de la alta sociedad, describiendo piezas de la era romana para definir el buen gusto y establecer algunos cánones de belleza, moral y ciencia.

Ricardo Del Molino en “Pompeya en la *Belle Époque* hispanoamericana” recrea la fascinación de las clases altas de América Latina por la arquitectura y decoraciones interiores de sus viviendas y mansiones según el estilo pompeyano. Este “estilo pompeyano” aclara Del Molino, no consiste en casas de adobe de baja altura con tejas romanas organizadas en torno a un patio interior, sino más bien a un estilo ornamental que evoca una fantasía con pavimentos en mosaico, columnas de mármol, molduras doradas y pinturas murales con elementos de la mitología grecorromana. Según Del Molino, esta decoración buscaba instalar una sociabilidad moderna burguesa de fines del siglo XIX y comienzos del XX como un capital simbólico de este grupo socioeconómico. Destacan así la *Casa Dorada*, en Tarija; la *Casa de las Monas*, en Bogotá; el *Palacio La Circasiana*, en Quito; la *hacienda Panquehue* y la *hacienda Paine*, en Santiago de Chile; la *Quinta Raffo* en Montevideo y la *Casa de Fernando Araya y Petrona Peredo* y la Casa de la familia *Chas-Salas*, en Buenos Aires.

La tercera parte del libro se detiene en el arte pompeyano y en el impacto que tuvo en las representaciones pictóricas de ambos continentes.

El trabajo de Daniel Expósito en “Antigüedad y esclavitud en la pintura estadounidense del siglo XIX: La Pompeya de Robert S. Duncanson” se inserta en el menos conocido *Grand Tour* de artistas estadounidenses por Italia, entre los años 1760 y 1850. El autor se detiene en la figura de Robert S. Duncanson, perteneciente a una familia de esclavos libertos originarios de Virginia. El artista se relacionó con los óleos y las pinturas en su niñez gracias a su abuelo esclavo. Entre 1853 y 1854, Duncanson se traslada a Italia. Utilizó sus pinturas para transmitir potentes mensajes políticos en contra de la esclavitud. Sus óleos más reconocidos *Pompeii* (1871) y *Vesuvius and Pompeii* (1870) son una contradicción. Ambas obras, *capolavori* de Duncanson por su estilo bucólico, las pinta al final de su vida, en un contexto de graves crisis mentales.

Cristina Martín Puente en “Séneca, Tácito y el pompeyismo en una pintura de Manuel Domínguez” aborda la tradición española de representaciones de la muerte de Séneca, el insigne filósofo estoico romano nacido en suelo ibérico. Según la autora, la obra del artista madrileño Manuel Domínguez Sánchez, *Séneca, después de abrirse las venas, se mete en un baño y sus amigos, poseídos de dolor, juran odio a Nerón que decretó la muerte de su maestro* (1871), posee dos importantes influencias, a saber, la descripción de Tácito en sus *Anales* de la muerte del filósofo y los influjos pictóricos de escenas de muerte tales como la *Muerte de Marat* (1793) de Jacques-Louis David y la *Muerte de Viriato* (1807) de José de Madrazo. La autora no cree que la escena y el

argumento del *Séneca* sea pompeyano, sino romano, sin embargo, en los detalles existen elementos que muestran la fuerte influencia del pompeyismo europeo de los siglos XVIII y XIX.

María Martín de Vidales García en “¿Imaginamos Pompeya? El interés del yacimiento vesubiano y su reflejo en la pintura española” retoma el argumento del pompeyismo español inspirado por el *revival* arqueológico que impulsaron las excavaciones en Nápoles, los viajes de muchos artistas a la Campania y en particular, la publicación de la novela de Bulwer Lytton *Los últimos días de Pompeya* (1834). Estas influencias crearon un ambiente que fue elaborando de manera progresiva un imaginario visual. Así queda demostrado en una gran cantidad de obras entre las que se destacan *Una señora pompeyana en el tocador* (1877) de Alejo Vera y Estaca; *Joven pompeyana en el baño* (1881) de Germán Hernández Amores; *Pompeyana o vestal romana* (1889) de José Rico Cejudo y *Niña romana o flirteo antiguo* (1896) de Ulpiano Checa. En ellas es posible advertir la representación de cuerpos desnudos, no tan comunes en el contexto del neoclásico tardío español y la idealización de la vida cotidiana en la antigua Roma y Pompeya como paralelismo de los gustos de las clases altas del siglo XIX.

Ana Valtierra Lacalle en “Nuevas reflexiones en torno a los dibujos y las pinturas supuestamente pompeyanas de Joaquín Sorolla” introduce al lector en legado del destacado artista valenciano Joaquín Sorolla quien viajó a Italia entre 1884 y 1886. De este viaje, se conservan seis cuadernos con bocetos y anotaciones. A partir de la lectura de estos cuadernos, la autora indaga sobre estos dibujos y a partir de esto establecer cuanto hay de Pompeya en los dibujos, debido a carácter críptico de algunas anotaciones del artista. Lo que concluye la autora es que existe un antes y un después en el estilo de Sorolla a partir de su visita a las ruinas de Pompeya y Herculano, en particular en los destacados óleos *Mesalina en brazos del gladiador* (1886) y *Bacante en reposo* (1887).

En la cuarta parte del libro, sus autoras leen la tradición de Pompeya y Herculano como modelos culturales de progreso para España y América.

Rosaria Ciardiello en “Pompei ed Ercolano: l’influenza delle scoperte vesuviane dall’Europa agli USA” desarrolla la fuerte influencia del estilo pompeyano y motivos vesubianos en Estados Unidos, entre los siglos XIX y XX. Las *Pompeian Rooms* con influencia inglesa y francesa se construyeron en los espacios del Capitolio en Washington. Los magnates y mecenas americanos también comenzaron a construir sus propias salas pompeyanas en las grandes ciudades, tales como la casa de Nathan Strauss o la de John D. Rockefeller en New York, y en espacios públicos tales como el Congress Hotel de Chicago. La última oleada de tópico pompeyano de gran impacto fueron las villas construidas a imagen y semejanza de las casas romanas en Pompeya, pero en lugares alejados de las grandes ciudades, tales como la Pompeya de Saratoga Springs, los jardines de Crowninshield y la Villa de Getty en Malibu.

Elvia Carreño Velásquez en “Lo que esté pasando aquí, ningún Dios puede detenerlo: Pompeya en la vida cotidiana de México” analiza la recepción que tuvieron las noticias de los hallazgos arqueológicos en Pompeya durante los siglos XVIII y XIX en

impresos y periódicos semanales que circularon en México. El texto más antiguo data de 1748. En adelante, periódicos como *La Voz de México*, *El Centinela*, *El Siglo Diez y Nueve*, *El Noticioso*, entre otros, daban cuenta de los descubrimientos en un lenguaje, según la autora, sencillo y descriptivo, que iban del suceso real a lo asombroso, o de la calma a la catástrofe. Estas noticias contribuyeron a la adopción del estilo pompeyano en objetos de la vida diaria y el gusto de la población mexicana por joyería y ornamentos que imitaban el arte de la antigua Pompeya.

Aurelia Vargas Valencia en “Pompeya en la vida cultura de México: dos momentos clave” da cuenta del impulso por las excavaciones en las ciudades mesoamericanas gracias a las noticias que proveían desde Italia y de los hallazgos en torno al Vesubio. En esta dirección la antigua Teotihuacán fue conocida como la Pompeya mexicana. Los momentos clave para la autora se produjeron durante los reinados de Carlos III y de Maximiliano de Habsburgo. El primero, donó los ocho tomos de *Antichità di Ercolano Esposte*, publicados entre 1757 y 1792 a eruditos, anticuarios y bibliotecas de todo el orbe imperial. Entre sus destinatarios estuvo la Academia de San Carlos en la Ciudad de México. Maximiliano, en cambio, imbuido por esta influencia, remodeló el Castillo de Chapultepec de Ciudad de México añadiendo frescos, pinturas y detalles siguiendo el modelo de la Casa del Fauno y la Villa de Diomedes.

La cuarta y última parte del libro da cuenta de los avances tecnológicos que han transformado la arqueología en la era digital.

María de Carmen Alonso Rodríguez en “El mito historiográfico de las ciudades intactas tras la erupción del año 79: Herculano, Pompeya y Estabia” analiza el fenómeno de las incursiones y perforaciones a las ciudades sepultadas por el Vesubio, previas a las noticias de excavaciones oficiales de 1748. Las denominadas incursiones pluriseculares a través de pozos y galerías pueden datarse incluso desde el siglo III d.C. que la siguiente erupción del 512, habría vuelto a sepultar. A partir de los primeros hallazgos del siglo XVIII, se dio curso a un imaginario europeo de descubrir ciudades intactas desde la erupción del siglo I. Los trabajos de campo de la autora, con fotografías propias permiten evidenciar que no es posible encontrar yacimientos intactos y que esta idea se elabora como un mito a partir de 1738.

Juan Salas Álvarez, en “El conocimiento y difusión de los descubrimientos en Pompeya y Herculano durante el s. XIX a partir de la documentación conservada en las instituciones españolas” presenta tres importantes hitos en relación con la recepción de los hallazgos partenopeos en la España decimonónica. En primer lugar, el tránsito de estas colecciones iconográficas y grabados desde las bibliotecas privadas de los monarcas, en 1836, hacia la Biblioteca Nacional. En segundo lugar, el preponderante espacio que ocupó la arqueología en las revistas españolas de aquella centuria y, por último, las preciosas piezas pompeyanas que llegaron a los museos españoles en la segunda mitad del siglo, en particular el Museo Arqueológico Nacional, creado en 1867 y el Museo de Reproducciones Artísticas, de 1881. Este último, concebido –según el autor– desde una vocación pedagógica y de democratización de la educación, la cultura y las artes.

María Eugenia Cabrerizo Barranco, en “Pompeya, Herculano y la Antigüedad clásica en el archivo personal de los Madrazo” propone una caracterización del ambiente intelectual del siglo XIX español a través de la figura de Luis de Madrazo y Kuntz (1825-1897). Fue el segundo hijo de esta prominente familia. En 1849 se instaló en Nápoles gracias al sistema de pensiones de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. El Museo de Prado conserva actualmente una serie de dibujos pompeyanos atribuidos a José de Madrazo. La autora sugiere que hubo un error de catalogación y que muchos de estos dibujos que representan escenas de la vida cotidiana en Pompeya podrían corresponder a Luis de Madrazo o Bernardino Montañez quienes coincidieron en Pompeya a mediados del siglo XIX.

Finalmente, Mar Bujalance-Pastor, Inmaculada Muro-Subías y Lola Santojagarriga en “Ripomphei y las Humanidades digitales en la Biblioteca de la Universidad Carlos III de Madrid” dan cuenta del proceso tecnológico y el desafío que significó para el proyecto Ripomphei el diseño y activación de su sitio web. Las autoras presentan el proceso de aprendizaje tecnológico que significó para la Universidad Carlos III y su Biblioteca de Humanidades el conocimiento y manejo de la plataforma Omeka S, que permite una organización ordenada de los metadatos, localización, nombre de los artistas, estado de conservación y geolocalización. Un espacio virtual que ha permitido presentar los resultados del proyecto de manera rigurosa, específica y visualmente atractivo para quienes visitan el sitio web.

Este libro es el fruto de un trabajo de muchas disciplinas que han logrado coincidir en torno a la recepción de Pompeya y Herculano. Las dos urbes romanas sepultadas bajo los restos volcánicos del Vesubio han formado parte, desde hace siglos, de un imaginario colectivo que ha traspasado las fronteras. El Grand Tour dieciochesco fue una experiencia importantísima para el rescate cultural y artístico de las piezas que poco a poco se iban encontrando en las ruinas pompeyanas. Sin embargo, es importante recordar que el impulso político y arqueológico que permitió el inicio de las excavaciones vino desde España, de la mano del monarca borbón, Carlos III. América y España, herederas de la cultura de Occidente, miran a esa lejana Roma y ven en la belleza derruida del antiguo esplendor y lujo de Pompeya y Herculano una serie de aspectos, herencias, tradiciones e imitaciones que impactaron de alguna u otra forma en la forma de vida de esas sociedades.

<https://doi.org/10.32735/S0718-22012024000583592>

Paulo Donoso Johnson  
*Pontificia Universidad Católica de Valparaíso (Chile)*  
*paulo.donoso@pucv.cl*